

## CONTINUIDAD POLITICA Y PRESENCIA DE LA OPINIÓN

**N**os falta perspectiva histórica y todavía los españoles hablamos del sistema político como de algo que hay que consolidar y que, al menor descuido, podría correr peligro; pero resulta que pocas veces en los dos últimos siglos de la historia española ha habido un período tan dilatado de continuidad política homogénea como el que ha transcurrido ya entre 1975 y 1984.

Esto parece una necia e ingenua ilusión democratista del autor de este artículo, cuya enorme simpleza no habría reparado en el sólido bloque monolítico de los casi cuarenta años del régimen anterior. Pero yo me atrevería a replicar que bajo el esquema unitario del mando absoluto e indiscutido del general Franco se sucedieron varios programas de organización de la vida pública española, contradictorios entre sí.

Primero fue el ardiente totalitarismo de los años inmediatos a la guerra civil (1939-1942), seguido de una fase más tibia dentro de los mismos esquemas ideológicos, que duró hasta el 45: total, seis años, divididos a su vez en dos trienios. Después vino el sexenio del aislamiento español, racionado e indigente, que se corresponde, políticamente, con una increíble desorientación tan bien intencionada y derechista en determinados proyectos personales, como vacía de contenidos y desconectada del mundo de fuera. Y así, sucesivamente. No me propongo en este artículo hacer historia del régimen anterior, sino referirme al presente.

El momento actual del Gobierno socialista no gusta nada, o casi nada, a la mitad de los españoles. En los últimos meses se ha comprobado en el País Vasco y en Cataluña que los electores de estos dos territorios han ratificado al PNV y a la candidatura de Pujol, orillando muy decididamente al PSOE, que en ambos territorios ha obtenido peores resultados que en elecciones anteriores.

No parece que la Coalición Popular haya perdido las posiciones alcanzadas en 1982. Más bien parece que, con todas las insuficiencias, ha debido ganar algunos puntos porcentuales.

Y es también seguro que los tres millones de votos antiguos de UCD, que el 28-O apoyaron estas siglas o las del CDS de Suárez, no se han pasado a las filas socialistas. Por el contrario, hay mucho votante socialista del 82 que si tuviera que acudir a las urnas ahora no sabría qué hacer, pero desde luego no repetiría su sufragio de entonces.

Ahora bien, todos estos cambios, igual que el del



ANTONIO  
FONTÁN

mismo año 82, sólo se conciben dentro de la continuidad política de un sistema que gran número de españoles apoya decididamente, otros aceptan y con el que otros, en fin, se resignan, siendo una escasa minoría —o más bien, dos, una por cada lado— los que se oponen a él. Y, aun dentro de ese corto porcentaje, se reducen a muy pocos miles los partidarios de una revolución, y apenas son unos centenares, los que están dispuestos a ejercitar personalmente la violencia para derribarlo todo.

Semejante situación impone dos deberes cívicos a los españoles responsables: conocer bien el sistema para operar dentro de él con eficacia, y —sin necesidad de que todos hayamos de convertirnos por fuerza en políticos— emplear los métodos más efectivos para ejercer la inmensa fuerza que la opinión pública o, mejor, como decía Balmes, la conciencia pública, tiene sobre el poder, aunque éste sea mayoritario. Eso no depende sólo de los partidos.

**E**n España falta espíritu asociativo, o civismo asociativo. Hay unos sindicatos, con pocos afiliados, y una organización patronal que tiene su centro de gravedad en la cúpula. Hay colegios profesionales. Pero apenas actúan, o no son suficientemente numerosas, las entidades asociativas en otros órdenes humanos: familiares, culturales, vecinales, las entidades sectoriales en sus motivaciones e intereses, u otras, de vocación más generalista, como las que tanto abundan entre los anglosajones y en otros países europeos.

El sistema político-social de la Constitución del 78 no contempla solamente a los partidos, a los sindicatos y a los colegios profesionales, sino que extiende su amparo y su vocación de fomentarlas a todas estas otras realidades sociales que constituyen el entramado mismo de la vida cotidiana de todos los ciudadanos. Cada una de ellas será una fuerza.

Y el conjunto total será algo que no podrán ignorar los gobiernos.

En España es indispensable que desde la sociedad se promueva la voluntad asociativa.

Como no es, por su naturaleza, político este asociamiento, y sería una degeneración que se convirtiera en tal, no operará en las elecciones ni se proyectará sobre el poder. Pero será muy efectivo como influencia pública, y como elemento que ha de contribuir decisivamente a ilustrar a la opinión y a formar la conciencia ciudadana.